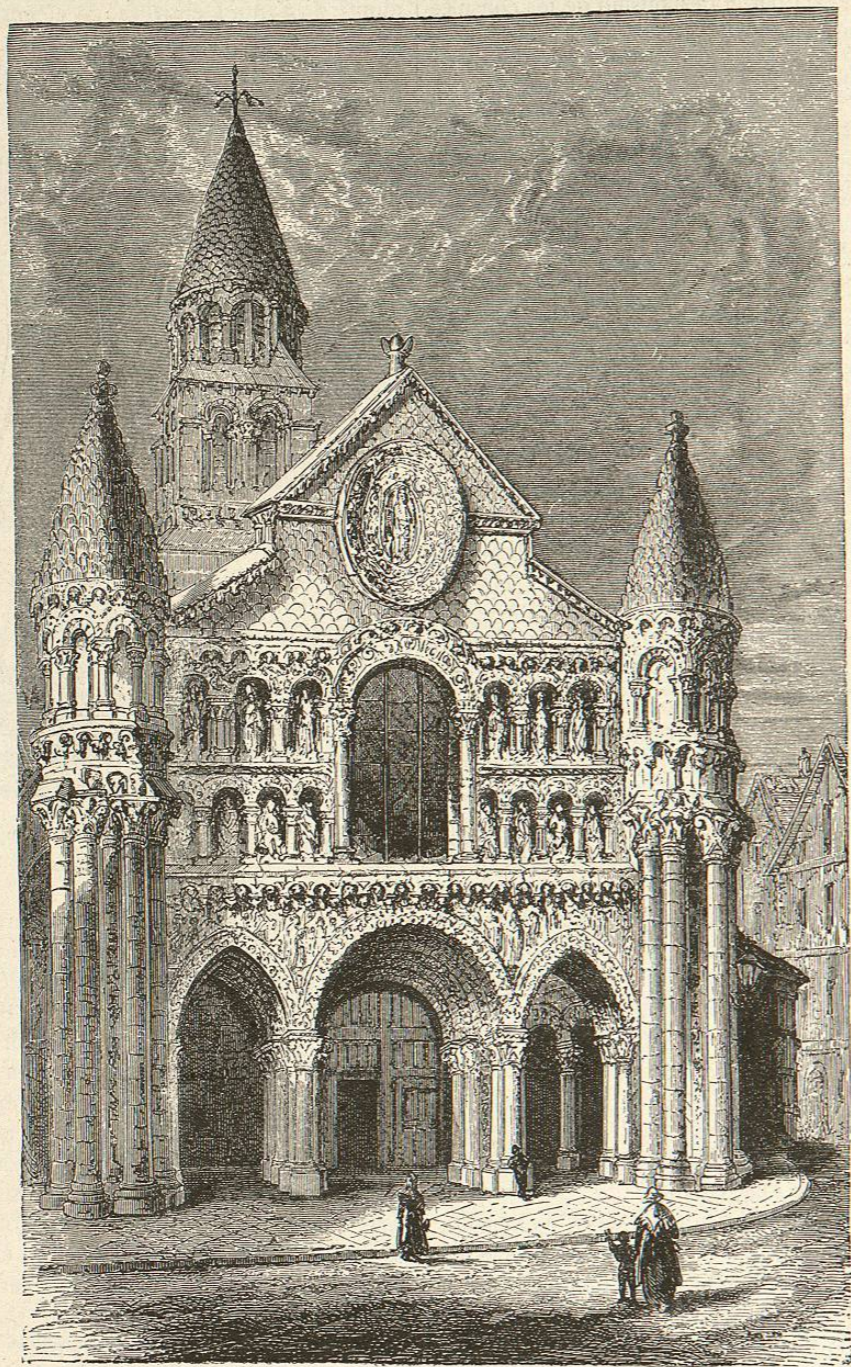


Eugenio III á los romanos, en la cual declaraba el papa que no podía guardar por mas tiempo silencio sobre lo que en Roma ocurría, desde el momento en que hasta algunos eclesiásticos se habian adherido á los errores de Arnaldo. Poco despues, Arnaldo fué nuevamente excomulgado por hereje. El movimiento romano habia entrado en una nueva faz, pues las tendencias reformistas eclesiásticas se habian coaligado

con la opinion político-nacional. Arnaldo habia concertado formal alianza con el Senado democrático y con el pueblo de la ciudad eterna, á cuyo servicio y bajo cuya proteccion proseguia predicando sus doctrinas contra los vicios de la Iglesia. En vano pidió la curia que le fuera entregado aquel hereje, cada vez mas temerario, que no solo predicaba contra los cardenales y contra el papa, sino que hablaba á los



La catedral de Poitiers (siglo XII).

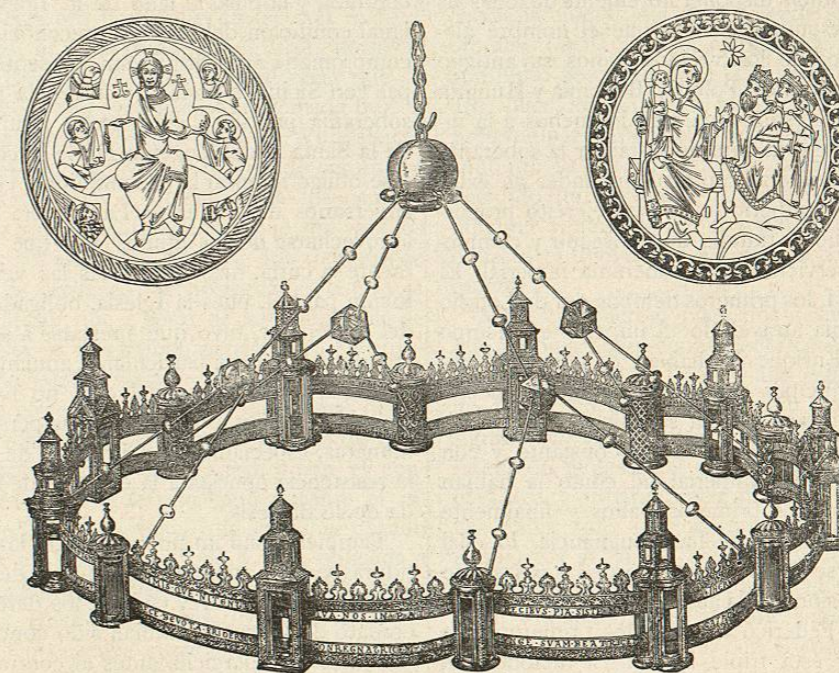
atentos romanos de la esclavitud de Roma. No podemos afirmar con firmeza de qué manera pensaba Arnaldo librar á la ciudad de esta servidumbre; pero nos es dado á lo menos sospechar cuáles eran las tendencias generales de sus proyectos, por una carta que se ha conservado y que, segun parece, fué dirigida á Conrado III por los que estaban al frente de la agitacion política y eclesiástica de Roma. En ella se excitaba á aquel monarca á que se aliara con el pueblo romano, con lo cual no se nombraría contra su voluntad ningun papa, ni el mundo tendria que derramar su sangre

en guerras promovidas por el clero. Conrado, naturalmente, no hizo caso alguno de tales proposiciones, pues abrazar esta causa era cosa que no se avenia con su carácter. Pero Eugenio III, viendo que no recibía auxilio alguno de Alemania, se contentó con un arreglo en virtud del cual reconoció el nuevo orden de cosas establecido en Roma y confirió sus poderes á las autoridades instituidas por el pueblo. Convínose además en que no se seguiría ningun otro procedimiento contra Arnaldo de Brescia y en que este permaneceria en Roma con el papa sin ser por nadie molestado. Pero

semejante situacion no podia durar mucho tiempo, así es que en 1150 volvió á surgir el conflicto, y Eugenio III se vió nuevamente obligado á huir de la ciudad.

Este estado de cosas en el seno de la Iglesia y su influencia en Italia por un lado y por otro en Alemania, tan perjudicada por el reinado de Conrado III, fueron causa de la excesiva importancia que se dió á la vacante del trono alemán ocurrida á principios del año 1152. Los adversarios de la política de Conrado, por todos condenada, gozaban de antemano de gran preponderancia y dieron fuerza decisiva á la recomendacion que de Federico de Suabia habia hecho en su lecho de muerte el último monarca. La persona de este candidato al trono era además una garantía del restablecimiento de la paz interior por medio del arreglo de la contienda entre los Welfos y los Staufen. El duque de Suabia

hacia tiempo que se ocupaba en este arreglo; á su mediacion habia debido Welfo VI el haber salido bien de la derrota de Flochberg, y tambien mantuvo, segun parece, amistosas relaciones con Enrique el Leon, á pesar del grave conflicto surgido entre este jóven Welfo y el rey. Además, pesaban en la opinion las excelentes dotes militares de Federico, cuyo nombre corria de boca en boca desde la cruzada, pues á su valor y á su prudencia debia el ejército el haber salido de graves apuros. Otra cosa hizo especialmente inclinar la balanza en favor de Federico y fué su independencia respecto de la Iglesia, en virtud de la cual se presentaba como digno heredero del espíritu sálico y ofrecía la seguridad de que los derechos é intereses del imperio no serian ya abandonados sin defensa á las pretensiones de la curia romana. A todo esto habia que añadir la figura arrogante, varonil y verdade-



Araña votiva del emperador Federico Barbarroja en la catedral de Aquisgran.

En las torrecillas habia antiguamente adornos parecidos á los dos medallones, de los cuales en la actualidad se conservan muy pocos.

mente régia del príncipe, que le captaba universales simpatías y que le presentaba á los ojos del pueblo como feliz y brillante encarnacion de la monarquía. Ante esta irresistible corriente de la opinion pública se sintió impotente el alto partido eclesiástico, cuyos artificios no podían á la sazón producir ninguno de los efectos que habian producido en las elecciones de Lotario y de Conrado. Ninguna probabilidad de éxito tenían las intrigas de la curia desde el momento en que Enrique el Leon y el partido Welfo hacia tiempo que estaban formalmente de acuerdo con Federico, cuya eleccion apoyaban. Únicamente el arzobispo de Maguncia intentó, al parecer, contrabalancear tantos esfuerzos, fuese por atender á los intereses de la curia, fuese por favorecer los suyos propios. En cambio, Arnaldo de Colonia é Hillin, sucesor de Adalbero en la archidiócesis de Tréveris, eran ardientes partidarios de Federico, el cual, además, se habia aliado, despues de la muerte de Conrado, con los obispos de Bamberg y de Wurzburg. El episcopado alemán estaba tambien cansado de la dependencia á que le habian sometido, respecto del pontificado jerárquico, Bernardo de Clara-val, Norberto y sus correligionarios. No solo entre los príncipes laicos y entre la nobleza militar sino tambien entre el clero alemán se agitaban un nuevo espíritu y un sentimiento

de orgullo nacional. De aquí que fueran inútiles las maquinaciones del de Maguncia; y en 4 de marzo de 1152, es decir, despues de un interregno contra costumbre corto, fué elegido rey de Alemania por unanimidad, en Francfort, Federico III de Suabia, siendo coronado el día 9 en Aquisgran.

El nuevo reinado demostró desde un principio, en dos cosas, que su política era opuesta á la del anterior, y que el cambio ocurrido en el trono significaba un cambio tambien en la política alemana. Los Welfos, á cuya destruccion habia dedicado Conrado III sus principales esfuerzos, estaban al lado del trono del nuevo rey, y fueron, desde un principio, sin rebozo celebrados como los principales apoyos de la monarquía. Al mismo tiempo, Federico I se presentó en frente del pontificado mostrando una orgullosa independencia y dando á entender que solo á cambio de concesiones proporcionadas podia esperar que le auxiliara en sus múltiples necesidades. Eugenio III comprendió cuán radicalmente habian cambiado los tiempos cuando supo que la notificacion de la eleccion de rey se habia hecho no solo á él sino tambien al pueblo romano y al Senado democrático influido por el hereje Arnaldo de Brescia. Con Federico I entraba un nuevo espíritu en la monarquía alemana, la cual

estaba plenamente convencida así de sus derechos y de sus deberes como de sus fuerzas; el imperio, sobrado tiempo hacia dirigido por los sacerdotes y bajo puntos de vista exclusivamente eclesiásticos, volvía de nuevo a manos del laicismo, que resucitaba con nuevo vigor, y tenía que emprender otra vez una senda trazada por consideraciones políticas y nacionales. La idea del imperio, olvidada y aborrecida en los revueltos tiempos de Conrado III, reaparecía con nuevo esplendor y llenaba y dominaba sobre todo la noble alma del monarca, cuya política, así interior como exterior, tenía por objeto la realización de esta idea. Mas para conseguir llevarla a la práctica faltaban bases seguras, que era preciso ante todo crear en el dividido imperio. El nuevo soberano necesitaba por de pronto establecer en el interior de Alemania una paz segura, acabando de una vez la funesta lucha con los Welfos, y luego realizar de tal suerte el prestigio de la monarquía que pudiera disponer libremente de todas las fuerzas del imperio. Después convenía que el nombre alemán recobrara a los ojos de los vecinos reinos su antiguo honor, obligando a Dinamarca, Polonia, Bohemia y Hungría a someterse, si ya no a la soberanía, por lo menos a la influencia de Alemania. Pero la obra de restaurar la soberanía alemana no podía emprenderse con probabilidades de éxito sin haber logrado que el imperio tuviera un ejército proporcionado a la victoria que se trataba de conseguir y completamente entregado al servicio de la soberanía imperial. El reinado de Conrado III, los primeros tiempos del de Lotario y la gran crisis que había atravesado el imperio en tiempo de Enrique IV y de Enrique V, habían demostrado suficientemente que los príncipes alemanes, que habían hecho grandes progresos en la senda de la supremacía territorial, no se inclinaban a favorecer de un modo constante, y con sacrificios propios, la política imperial tal como la habían desarrollado los Otones, los primeros Salios y finalmente Lotario. Era preciso vencer aquella repugnancia, lo cual apenas podía conseguirse dada la situación de las cosas sino haciendo nuevas concesiones a la autonomía de los príncipes a costa del poder real. Federico I dedicó los primeros años de su gobierno a llenar esta triple misión. El método y la circunspección con que en este punto procedió, así como la decisión y energía con que llevaba a cabo lo que se proponía y hacía desaparecer los obstáculos que le suscitaban, no solo son brillante testimonio de su arte política sino que aumentaron la veneración y el respeto que sus partidarios y amigos le profesaban é hicieron que a su fuerte soberanía se sometieran los que en un principio habían sido sus adversarios.

La primera dieta que en mayo de 1152 celebró Federico, en Merseburgo, dió nueva importancia a la monarquía. En ella puso término a la lucha danesa, reconociendo como rey a Svend, que contaba con el apoyo del arzobispo Hartwich de Bremen, y concediéndole la Dinamarca, pero obligándole al propio tiempo a ceder la Zelanda a su rival Canuto, protegido del duque de Sajonia, y un principado al joven Waldemaro, hijo de Canuto Laward, que había muerto asesinado. Con Bertoldo de Zähringuen, hijo de Conrado,—que no había conseguido ver reconocidos sus derechos sobre la parte de la Borgoña situada al Oeste del Jura,—firmó un tratado, atrayendo a este adversario con promesa que le hizo de auxiliarse a conquistar los territorios que le habían sido cedidos. Federico encontró obediencia en todas las demás partes del imperio que visitó, y únicamente el duque de Bohemia se negó a presentarse a él para tributarle homenaje. Un año después de su elección llegó Federico a las hermosas comarcas del lago de Constanza y permaneció largo tiempo en esta ciudad, donde se entablaron importantes ne-

gociaciones con la curia romana. La actitud decidida de Federico, declarando desde el primer momento que no serviría gratis a la Iglesia y que solo quería tratar con ella de potencia a potencia, produjo gran impresión en el ánimo de Eugenio III y en el de los cardenales, que seguían obligados a vivir lejos de la enemiga Roma. El precedente de la elección del Senado romano, daba a entender lo que estaba resuelto a hacer Federico si no se pactaba con él; así es que las proposiciones que entonces presentaron los legados pontificios que habían acudido a Constanza, fueron muy distintas de lo que habían solido ser en los últimos tiempos. Sobre la base de aquellas proposiciones firmóse en 13 de marzo de 1153, entre Federico y la curia romana, un tratado que podía considerarse como la primera victoria importante de la política de los Staufen, pues libró a la monarquía de la funesta servidumbre en que respecto del pontificado se encontraba y la puso al lado de la Iglesia como potencia de igual condición debidamente reconocida. Mientras el rey se comprometía a no firmar, sin consentimiento de la curia, la paz con Sicilia, a poner de nuevo la rebelde Roma bajo la soberanía pontificia y a respetar rigurosamente el *statu quo* de la Santa Sede, Eugenio III le ofreció la corona imperial y se obligó a lanzar la excomunión y el entredicho contra los adversarios de Federico. La manera que tuvo Federico de aprovecharse de los apuros por que pasaba momentáneamente la curia, hizo que todas las ventajas de este tratado fueran para él, pues la Iglesia, obligada a captarse el favor del emperador, tuvo que prestarse a servirle en su tarea de atender a sus fines particulares, anulando su matrimonio con Adelaida de Vohburg, del cual no habían nacido hijos, y alejando del episcopado a algunas personas desagradables al monarca, especialmente a Enrique de Maguncia, que pagó la resistencia opuesta a la elección de Federico con la pérdida de su diócesis.

También tomó un nuevo aspecto la cuestión de las investiduras y de la facultad de disponer de los obispados. Ya no se habló de que el rey cediera los derechos que por el concordato de Worms le habían sido concedidos, ni de que renunciara a su ejercicio, antes al contrario, Federico intentó llevar a la práctica las teorías que habían propagado los representantes fanáticos del punto de vista imperial, suponiendo que constituían el contenido de aquel concordato. En efecto, cuando la provisión de la archidiócesis de Magdeburgo dió margen a una elección discordante, Federico reclamó el derecho de decidir la cuestión entre las dos partes contendientes y puso, en su consecuencia, como administrador de la diócesis de Magdeburgo a su amigo el obispo Wichmann de Zeit-Naunburgo. Apoyado por la influencia del rey, consiguió este que en la nueva elección se prescindiera de los dos candidatos que anteriormente habían luchado y que se le eligiera a él arzobispo. La curia protestó enérgicamente contra este procedimiento, ilegal a todas luces, pero fué en vano, porque el episcopado alemán se puso casi unánimemente al lado de Federico, de suerte que Wichmann conservó el puesto que había conquistado por medios poco dignos. También se inauguró una política más enérgica respecto de las cuestiones de Italia. Cuando en 1153, época en que Federico residía todavía en Constanza, se presentaron a él embajadores de Lodi para pedir auxilio contra las violencias de Milan, el rey no podía abandonar la Alemania hasta haber asegurado por completo en ella el orden y la paz. Por lo mismo, quedó impune la revolución romana y Roger de Sicilia pudo ir ganando terreno, mientras Federico se ocupaba ante todo en captarse el apoyo de los Welfos, a cuyo objeto zanjó la cuestión de Baviera conforme a la promesa anteriormente hecha a Enrique el

Leon. La resistencia de Enrique de Austria, que se negaba a aceptar un arreglo, prolongaba el término de la cuestión, pero Federico supo obtener de los príncipes reunidos en la dieta de Goslar (junio de 1154) una sentencia adjudicando la Baviera al duque de Sajonia. Sin embargo, aplazó su cumplimiento para emprender la expedición al Sur, adonde le llamaban cada día con más insistencia la demanda de auxilio del apurado papa y las quejas de las pequeñas ciudades lombardas contra las extralimitaciones de Milan, cuyos habitantes habían despreciado las amonestaciones que les había dirigido el monarca.

No estando todavía del todo arreglados los asuntos de Alemania, Federico, al marchar en octubre de 1154 a Italia, llevó consigo un ejército tan poco numeroso que no era de esperar que consiguiera un triunfo definitivo, antes hacia suponer que se trataba de un simple reconocimiento. En efecto, con 1,800 jinetes era imposible atacar con éxito a los rebeldes milaneses, ni a los romanos, ni al rey normando. Acompañado de Enrique el Leon, el cual creía que la concesión de Baviera era una recompensa anticipada de sus servicios, y del conde palatino bávaro Oton de Wittelsbach, descendió Federico el Brenner y llegó, a fines de octubre, a las llanuras lombardas. Junto a Piacenza, en los campos Roncalios, se le juntaron los contingentes que los vasallos italianos y alemanes solían aprontar desde los tiempos de Enrique V, y entonces comenzó las hostilidades contra la poderosa ciudad de Milan, que a pesar de las quejas que de todas partes contra ella se levantaban persistía en su insubordinación. Federico taló su territorio y derribó sus castillos, y engrosado su ejército primero con las tropas de las ciudades enemigas de Milan, especialmente con las de Lodi y Pavia, luego con las de Novara y Como, y con el contingente del marqués de Montferrato, sitió durante el invierno la pequeña ciudad de Tortona, que se había negado a separarse de Milan y a unirse a Pavia y que, obligada a rendirse en la Pascua de 1155, pagó su resistencia con su completa destrucción. Hecho esto, Federico se dirigió, pasando por Tuscia, a Roma, cuya situación entretanto había cambiado. El sucesor de Eugenio III, el bondadoso y conciliador Anastasio IV, había fallecido, siendo reemplazado, en 4 de diciembre de 1154, por el obstinado y fanático Adriano IV, de origen inglés y de ideas absolutamente jerárquicas, que había conseguido, por medio del entredicho, la sumisión de los rebeldes romanos, los cuales habían desterrado a Arnaldo de Brescia. Pero la guerra renovada contra los normandos se seguía con poca fortuna y el rey Guillermo avanzaba cada día más por la Campania. Adriano IV, que en tales circunstancias deseaba ardientemente la llegada del rey alemán, desconfiaba al propio tiempo de sus intenciones, y no sin largas negociaciones se decidió a renovar el tratado de Constanza. El papa y el rey se encontraron en Nepi, en el camino de Roma, donde poco faltó para que el acuerdo conseguido quedara roto por la contienda sobre la ceremonia de tener el estribo al papa, ceremonia que Adriano IV quiso exigir de Federico, el cual en un principio se resistió a cumplirla, si bien cedió cuando se le demostró que este era un uso cuyo origen arrancaba de época remota. La desconfianza de Adriano desapareció cuando Federico le dió una segura garantía de su leal alianza abandonando a su suerte a Arnaldo de Brescia. Este, desterrado de Roma, había huido a Toscana y allí cayó en manos del cardenal Odon de Brescia. Visconti de Campagnatico, enemistado con la curia, lo libertó y le dió seguro asilo en su castillo; pero Federico le obligó a entregar a su protegido y a su vez le entregó al prefecto pontificio de la ciudad. Por orden de este, Arnaldo de Brescia, como hereje

contumaz, fué sin proceso alguno quemado en la hoguera, suceso que hizo imposible toda inteligencia entre Federico y los romanos, quedando el rey reducido a la alianza con la curia. El día 17 de junio llegó a las puertas de Roma el ejército llevando consigo al papa. Al día siguiente verificóse la coronación imperial, bien que de un modo precipitado y casi secreto. La ceremonia se celebró sin que los romanos tuvieran noticia de ella, pues en la noche anterior habían sido ocupados San Pedro y sus alrededores. Al tener conocimiento de esta sorpresa, los romanos armados se precipitaron, en la tarde del 18, fuera de la ciudad y atacaron a los alemanes que celebraban el acontecimiento; pero fueron rechazados y arrojados con grandes pérdidas al otro lado del Tíber, distinguiéndose notablemente en aquella jornada Enrique el Leon y sus sajones. Las fuerzas de que disponía el emperador no eran bastantes para intentar un ataque contra la ciudad; así es que Federico no pudo cumplir la promesa hecha al papa respecto de la sumisión de Roma y aun hubo de renunciar a la expedición contra los normandos, pues los príncipes se negaron a tomar parte en ella. Este fué para Adriano IV un doloroso desengaño. Muy descontento se separó del de Staufen, que se dirigía al Norte, decidido interiormente a romper la alianza alemana, que ninguna ventaja le había reportado, y a buscar en el lado opuesto el apoyo que necesitaba para sus proyectos jerárquicos.

Modestos fueron, pues, los resultados de la expedición que a Roma había hecho Federico: la corona imperial era lo único que de ella llevaba, y aun esta no era de gran valor si no iba acompañada de un gran aumento del poderío que significaba. Milan persistía en su insurrección; Verona había intentado molestar al ejército cuando, en su retirada, pasó el Adige, y el papa procuraba aliarse con el que hasta entonces había sido su enemigo. Además de esto, Federico se encontró a su vuelta con un nuevo recrudecimiento de la oposición en Alemania. Alberto el Oso y Hartwich de Bremen, indignados por las concesiones hechas a los odiados Welfos, se habían aliado con Uladislaw II de Bohemia, que quería libertarse del homenaje que se le había impuesto, con el conde palatino del Rin Hermann, que estaba en encarnizada lucha con el arzobispo de Maguncia, Arnaldo de Selenhof, y con otros descontentos. La presencia de Federico bastó, sin embargo, para que fracasara la sublevación proyectada: al de Maguncia y a su adversario se les impusieron severas penas por haber roto la paz. Federico se dedicó con toda energía a reunir los medios de fuerza necesarios para conseguir grandes triunfos. Con su casamiento con Beatriz, hija del conde Reinaldo III de Macon, verificado en junio de 1156, preparó la adquisición de la Borgoña, uniéndola definitivamente al imperio en el otoño de 1157. El hecho de la separación completa de los engañados Zähringos quedó de sobra compensado con los muchos recursos en hombres y dinero que la Borgoña puso a su disposición y con la adquisición de una excelente base de operaciones contra la Alta Italia. El emperador procuró asimismo arreglar cuanto antes la cuestión bávara, que amenazaba ser fuente de continuos desórdenes; la resistencia de Enrique de Austria no podía ser vencida sin importantes sacrificios, pero los hizo en definitiva Federico, a costa de la monarquía y del imperio, para atender a la realización de sus grandes proyectos. En efecto, el marqués cedió por fin la Baviera a los Welfos, pero la dieta celebrada en Ratisbona en 17 de setiembre de 1157 le indemnizó pródigamente. Federico elevó el marquesado, aumentado con algunos territorios bávaros fronterizos, a la categoría de ducado hereditario en la familia de los Bamberg por derecho de primogenitura, aun en la línea femenina, y